

I

Hacía un tiempo en plan gotitas por aquí y por allá, hacía un tiempo de noche húmeda. La luz de las farolas se derramaba en charcos sobre las aceras. En la esquina de la calle Dante con el bulevar Saint-Germain, un viejo dudaba, sin atreverse a cruzar. Un camión le rozó el paraguas; encaramado a las cajas, un perro ladró a las varillas. El tipo reculó mascullinando para sus bigotes, que llevaba espesos y caídos. Pasaban de todas clases los vehículos: taxis, coches de señores, coches de sirvientes, bicicletas, hipomóviles, tranvías. Él los odiaba a todos. Aún no hacía mucho tiempo que había estado a punto de llevarse un motocarro en las costillas y, desde aquel roce, disfrutaba de una respiración segmentada y de una prudencia creciente; se juraba que cualquier día acabaría cargándose todos aquellos funestos bólidos, pero ese día seguía siendo incierto. A veces pensaba en pinchar furtivamente los neumáticos de quienes estacionan en las aceras; con una pequeña navaja se puede hacer muy fácilmente. Pero nunca llevaba a cabo este proyecto, tal vez a causa del riesgo, de los posibles puntapiés en los riñones. Lo único que cabía esperar era que, en uno de esos días con un tiempo de perros en que los adoquines se embadurnan, uno de aquellos instrumentos se fuera a pique, transformándose bajo su mirada en pedacitos fangosos, jinete incluido. Aquel era, por lo demás, un tiempo muy propicio para eso. Octubre terminaba sin avisar, como un hermoso cuerpo de sirena acaba en cola de pescado,

en cola de pescado en aceite, en cola de sardina en aceite. Esa sí que era buena. ¿No se podría llamar aceite a aquella lloviznación? A él no le gustaba la cocina con aceite; ni siquiera en una vinagreta hay que echar demasiado aceite. Un segundo viejo llegó por el bordillo de la acera hasta colocarse a su lado, esperando que escampara para cruzar.

Se parecían como dos hermanos. Pero no lo eran en absoluto; ni de cerca, ni de lejos siquiera. Tal vez debido a los bigotes espesos y caídos se parecían como dos hermanos. Al igual que un ojo inexperto considera a todos los indígenas colonizables como ejemplares múltiples de un modelo invariable, del mismo modo otro ojo, inexperto en otro sentido, considera a todos los viejos con bigotes espesos y caídos como réplicas de un mismo individuo. Es cierto que, a la inversa, uno de ellos, aquí presente, encontraba por su parte que todos los jóvenes se parecen, a causa de sus rostros desbarbados. Sin embargo no era él quien escribía con tiza en los urinarios esta imprección: A la mierda las jetas afeitadas.

Se apellidaba Brabbant. Miró al otro, que se apellidaba Tolut. El señor Tolut miró al señor Brabbant. Brabbant le dijo a Tolut:

—Se diría que es aceite, ¿verdad? Por mi parte, a esto no lo llamo tiempo; yo a esto lo llamo aceite.

—Qué quiere; desde la guerra es así: los obuses han pegado un meneo a las estaciones hacia arriba. Recuerde los octubres de antes de la guerra. Entonces sí que había lluvias hermosas. Y el sol, cuando había sol, era un sol hermoso. Mientras que ahora todo está mezclado, las churras con las merinas y la Navidad con la noche de San Juan. Ya no se sabe cuándo hay que ponerse el abrigo y cuándo hay que quitárselo.

—Mi opinión es que por culpa de los cañones todo se ha vuelto como aceite.

—Esa es también mi opinión. Por suerte es la última guerra; si no, acabaríamos viendo la Navidad en San Juan, como le acababa de decir.

Brabbant miró a Tolut por debajo de su sombrilla.

—Vaya, vaya: me parece que yo a usted lo conozco, amigo mío. Estoy seguro de que ya lo he visto en alguna parte.

El otro reflexionó.

—¿En los Archivos, tal vez?

—No, ciertamente no. Yo no conozco eso de los Archivos; solo conozco la calle. Sin embargo, tiene usted una fisonomía que no me resulta desconocida. Me pregunto dónde demonios habremos podido coincidir.

—¿En casa de mi cuñado, pues?

—¿Su cuñado?

—Sí, Brennuire, ya sabe, el editor de arte. Tal vez me haya visto usted en su casa. Él recibe mucho, a escritores, pintores, periodistas, incluso a poetas.

Brabbant soltó una risita.

—¡Oh, los poetas! —insinuó.

—Los hay que son muy buenos —replicó Tolut herido.

De ningún modo se trataba de que el lirismo no lo asustara un poco, pero, como los veía en casa de su cuñado, se sentía obligado a respetarlos. Sin embargo, con cierta cobardía, añadió:

—¡Son poetas, desde luego!

Del cielo negro ya no rezumaban las gotas oleaginosas. Tolut cerró su paraguas. Brabbant hizo lo mismo y exclamó:

—¡Ahora ya sí que me acuerdo! Durante todo este verano, ¿no estaría usted sentado en el Luxemburgo...?

—¿Del lado del vivero? Allí mismo. Yo también me acuerdo. ¿No tendría usted la costumbre de sentarse cerca de la estatua de...?

—Seguro —dijo Brabbant tendiéndole la mano—. Me llamo Brabbant, Antoine Brabbant. Antiguo combatiente del setenta. Tenía diecisiete años en la batalla de Bapaume.

—Tres de enero de 1871. En ella venció el general Faidherbe, a quien los alemanes habían apodado la Grama a causa de su tenacidad.

—Ah, sí, claro. ¿Usted estaba?

—No. Soy, era, profesor de historia. Me llamo Tolut, Jérôme Tolut. Mis alumnos me apodaban la Pastilla.

—Qué tontos, los chavales —dijo Brabbant.

—Los hay inteligentes. He visto a algunos que se sabían de memoria todas las fechas de la historia moderna, las que preguntan en el examen de bachillerato.

Seguían charlando en el bordillo de la acera.

—Oiga, creo que podríamos cruzar —dijo Brabbant.

Un camión acababa de atascarse entre un tranvía y un autobús.

—Aprovechemos.

Avanzaron con prudencia.

—Esto resbala, es como grasa. Como aceite. Todavía no hemos encontrado un buen sistema para adoquinar las calles.

Alcanzaron el otro bordillo.

—Fue con Felipe Augusto cuando comenzaron a adoquinar las calles de París —dijo Tolut.

—¿De veras? Ni me lo habría imaginado. Me alegro mucho de haberlo conocido, amigo mío. Cuando lo veía todos los días en el Luxemburgo, me decía: vaya, ¿a qué se podrá dedicar ese

señor de ahí? ¿Comerciante? ¿Magistrado? ¿Militar? Le confesaré que me inclinaba por esta última condición.

—No lo había descubierto, ¿eh? ¡La Enseñanza! Durante treinta y cinco años, caballero, he enseñado historia. Antigua, moderna y contemporánea, francesa y universal, griega y romana. Y geografía también, caballero, he enseñado geografía: Francia, Europa, las Grandes Potencias del Mundo. Incluso soy autor de algunos pequeños trabajos sobre la historia de la Revolución francesa en el Sena Marítimo, ya que, en estos veinte últimos años, he sido profesor en el liceo de El Havre.

—Sena Marítimo, capital de provincia El Havre. Subprefecturas Fécamp, Bolbec, Pont-Audemer, Honfleur —dijo Brabbant muy deprimida.

Tolut se detuvo, el gesto preocupado; dudó un instante, después reemprendió su camino, los ojos fijos en los ojales de sus zapatos. Su compañero se volvió hacia una jovencita; a continuación hizo unos molinetes con el paraguas.

—Es sumamente interesante la historia —exclamó con aire jovial—, le da a uno un conocimiento de los hombres...

—Y de las cosas.

—No sabe cuánto me alegra haberlo conocido, amigo mío —concluyó Brabbant.

Habían llegado al bulevar Saint-Michel. Subieron hacia el Luxemburgo. La lluvia volvió a caer con más insistencia. Ambos reabrieron sus sombrillas.

—Esta vez sí que es agua —dijo Brabbant con satisfacción.

—Los cañones han echado a perder todas las estaciones. ¡Ah, esta guerra! Todavía no hemos terminado de sufrir sus efectos.

—Y esta lluvia que parece que no va a acabar nunca.

—Eso parece.

—¿Le apetecería, mi querido amigo, que nos sentáramos a tomar una pócima reparadora?

—La verdad, no se me ocurre ninguna objeción.

—¿Qué me dice del Soufflet?

—Iba allí de joven, y vuelvo de viejo —declamó Tolut.

—¡Oh! ¡Viejo! ¡Oh, oh, viejo!

—¡Ciertamente, ya no soy un niño!

Entraron en el café, el alma alegre, y con aire despreocupado cerraron sus paraguas. No había un solo sitio; en las perchas, los abrigos se despojaban de su humedad. Oía a perro, a perro mojado, a un perro mojado que fumase en pipa. Los dos recién llegados encontraron a duras penas una mesa, entre un grupo de jóvenes de provincianismo seguro y una puta. El grupo hacía ruido para darse aires de algo; la mujer soñaba. Se oía cómo la lluvia aporreaba el asfalto. Brabbant y Tolut tomaron contacto con la banqueta, dando pequeños suspiros de satisfacción. La mujer, levantando sus pesados y voluptuosos párpados, los midió con su mirada rumiante. Después regresó a su ensueño. Ellos, los jóvenes provincianos, no prestaron ninguna atención a aquellos viejos.

—Para mí un pernod —dijo Brabbant.

—Lo mismo —dijo Tolut, que no tenía ninguna costumbre de beber.

—No se puede comparar con el ajeno, desde luego.

—Desde luego —dijo Tolut.

Embargados por el calor, comenzaban a adormilarse. El pernod los despertó.

—¿Fue usted a la guerra, amigo mío?

—Ni a esta ni a la otra, desgraciadamente. Pero cumplí mi deber a mi manera; ¡mi oficio era para mí un apostolado!

—Lo entiendo.

—He amueblado la sesera de no pocos jóvenes, caballero. Les enseñé a conocer a los hombres..., las lecciones que nos da la historia..., las derrotas, las victorias..., la cronología...

Desbordado ante tales imágenes, Brabant se echó al gzanate unos tragos de alcohol verde.

—Eso es lo que les falta a nuestros hombres políticos: conocer la historia. Y la geografía. No olvidemos la geografía. ¿Sabe usted que se dice de los franceses?

Brabant hizo como si nada. Tolut se lo reveló. La definición les hizo gracia. Se dieron cuenta de que ellos no respondían en absoluto a aquel dicho porque, si bien ambos estaban condecorados, el setenta de un lado, insignias del otro, poseían por el contrario un conocimiento desarrollado de la geografía, algo que para uno era simplemente normal e incluso podría decirse que necesario, pero que para el otro no parecía evidente. Brabant se justificó así:

—A fuerza de viajar, uno comprende.

—¿Usted ha viajado mucho?

—Muchísimo.

—Yo no he viajado muchísimo. Casi nada. Me habría encantado...

Sus pensativos bigotes se inclinaron hacia el cubito de hielo que se derretía en el vaso.

—Me habría encantado viajar —continuó—. Ah, caballero, ¡yo he visto desaparecer a los buques en el horizonte! Y a otros volver de las Indias, de las Américas. Como se decía antes: de las Américas. Durante veinte años, fui profesor en el liceo de El Havre, ese gran puerto. Me refiero a ese *gran puerto* de la ciudad y no a ese *gran puerco* del liceo.

—Ja, ja.

—¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, El Havre. Sí, señor: yo he visto partir a las naves para lejanos periplos, sí, sí, periplos. Algunas se iban hacia los polos y otras hacia las antípodas. Y yo ni siquiera he puesto nunca un pie en la barca de Trouville. Ahora soy demasiado viejo para correr por montes y por valles o para embarcarme en cualquier cáscara de nuez. Soy demasiado viejo.

Estaba a punto de lloriquear. Brabant tosió. El otro recuperó un poco de su dignidad.

—Tengo alumnos que se han hecho marinos o que viven en las colonias. Los hay que me han enviado tarjetas postales de aquí y de allá. De aquí y de allá.

Después de este eco, se quedó callado. Su compañero, tomando la palabra, le enumeró varias regiones donde decía haber pasado alguna temporada, pero también podría haberle contado que el lugar que mejor conocía era cierta colonia francesa de América del Sur, debido a los cerca de quince años de trabajos forzados que había pasado allí en diferentes visitas.